

K-W/18-20

Rodolfo Suárez

DEBE HABER SIDO A PRINCIPIOS DE 1931 cuando Dora Diamant recibió la primera de las cartas que le enviara Walter Benjamin. Por supuesto, no es que fuera público que también ella había incumplido la promesa de destruir los cuadernos y cartas que Kafka le había confiado. En realidad, lo que Benjamin buscaba era menos que un documento inédito; apenas la información necesaria para dar certidumbre al análisis de una obra a la que conocía con la misma parcialidad que todo el mundo.

Después de un año, Benjamin no había obtenido gran cosa de aquella escasa relación epistolar; si acaso algunos datos fácilmente adivinables sobre las lecturas de Kafka, sobre sus conversaciones y amistades. Más que la poca o mucha confianza que Benjamin hubiera podido construir, fue la censura que empezaba a sentirse la que provocó que Dora buscara en él la forma de proteger alguna parte de los 20 cuadernos y el casi medio centenar de cartas que obraba en su poder. El resto, según se cree, le fue confiscado por la GESTAPO en 1933.

Fue así que, hacia finales de 1932, Benjamin recibió un misterioso paquete de documentos, reunidos como si fueran un atado de leña. La ceniza, que en algunas partes todavía impide la lectura, hace pensar que aquellos papeles habrían estado cerca de la hoguera, y que sólo un rápido y arrepenido movimiento les salvó de consumirse.

Con cuidado, pero también con cierta premura, Benjamin deshizo el atado. Supo entonces que se trataba de unas cartas. Miró la primera, dirigida a Kafka, fechada en 1918 y firmada por Max. De inmediato, Benjamin pensó en el amigo y eterno confidente de Kafka; sin embargo, había algo en ella que le provocaba cierta extrañeza. El autor pedía

razones y referencias de la parábola *Ante la ley*. Benjamin conocía el texto y sabía también de las eternas discusiones sobre su significado; de modo que bien podía pensarse que Brod, a pesar de su cercanía con Kafka, padeciera de las mismas dubitaciones. Pero aún concediendo eso, resultaba difícil encontrar algún sentido al párrafo con que el autor se presentaba:

“Yo nunca me he dejado abrumar en una discusión por el dato de la fecha de nacimiento. Pero el simple hecho de que alguien tenga treinta años y yo más de cincuenta tampoco puede inducirme, en definitiva, a pensar que eso constituye un éxito ante el que tengo que temblar de pavor. Lo decisivo no es la edad, sino la educada capacidad para mirar de frente las realidades de la vida, soportarlas y estar a su altura.”

No eran sólo los datos sobre la edad sino el tono lo que le provocaba el desasosiego. Desde luego, todo podía ser un mero juego literario, pero las reservas tampoco podían desestimarse. Avanzó entonces sobre los otros textos, y sólo al llegar al octavo descubrió el secreto que la homonimia le ocultaba. Este Max no era Brod, sino Weber.

Sabiendo lo que tenía entre sus manos, y adivinando en algo la callada intención de Dora, Benjamin sólo alcanzó a tomar algunas notas apresuradas antes de proteger las cartas, perdiéndolas en distintos archivos de Niza.

Aunque algunos de esos documentos han sido recuperados, todavía se desconoce el modo en que Weber y Kafka entraron en contacto. No obstante, las relaciones entre ambos, si bien mediadas, fueron lo suficientemente estrechas como para que el problema apenas merezca un lugar secundario en la exposición.

Alfred, el hermano de Max, ingresó en 1904 como catedrático de Economía Nacional a la Facultad de Derecho de la Universidad Alemana de Praga, y trabajó allí hasta 1907. Un año antes, fue él mismo quien entregó a Kafka el título de doctor en leyes. Después de ese acercamiento, Kafka no volvió a tener otro contacto con Alfred Weber que no fuera la lectura de uno de sus textos, *El funcionario*, cuya influencia sobre se observa claramente en la composición de *El Proceso*.

No obstante que la relación entre ambos se reduzca a aquel evento y a aquella lectura, se sabe que Alfred Weber y Max Brod mantuvieron algún contacto hasta después de la segunda guerra mundial, de modo que, éste último, fácilmente podría ser el eslabón perdido entre los Weber y Kafka.

Si aquella relación no fuera la idónea, es posible también que Max Weber hubiera conocido la parábola que le intrigaba por la vía de Else Jaffé; una alumna suya que fue esposa de su más cercano colaborador, y que fue también, al igual que su hermana Frieda, amante de Otto Gross.

En la fría primavera de 1914, Weber celebró su cincuentenario en Ascona y, según se cree, sostuvo alguna relación sentimental con Else. Para entonces, la parábola apenas se conocía de oídas, pero aún así es probable que Else supiera de ella y que se la contara, al cobijo de la chimenea, en alguna de aquellas discusiones nocturnas. Pero si no fue allí, habría sido sólo un poco más tarde, una vez que Otto Gross y Kafka, tras conocerse en un viaje en tren, se reunieran en Praga para planear la publicación de una revista que, de haber salido a la luz, debió llevar por título: *Hojas de combate contra la voluntad del poder*.

Sea como fuere el contacto, lo que aquí nos convoca son los contenidos de aquellos documentos. Según se ha dicho ya, la primera de las cartas que Weber dirigió a Kafka pedía alguna aclaración sobre la tan mentada parábola. Con ánimo de especular, es posible que el texto se le presentara como una revelación sobre el episodio que, en 1897, lo arrancó de la vida profesional. Lo que Weber encontró, empero, poco o nada tuvo que ver con esto.

La respuesta de Kafka a esa primera carta sigue sin descubrirse, y tampoco hay de ella algún rastro en las anotaciones de Benjamin. Lo que sí sabemos, es que, para 1915, Kafka había incorporado el texto como parte de *El Proceso*, de modo que puede suponerse que haya sido este hecho el que politizara ese intercambio de misivas que prácticamente terminó en un intercambio de hostilidades.

El cambio en el tono de Weber se hace sentir desde la primera línea de su segunda carta. Como si alguna palabra, alguna frase que aún desconocemos, hubiera traído de vuelta la distancia que el propio Weber había desestimado, y que ahora servía para reclamar la autoridad moral de un hombre que, con o sin vocación, se había movido en las altas esferas de la política y, desde allí, conseguido una vista del cuadro en su conjunto.

Con el desdén de un docente encumbrado, Weber expone y puntualiza la concepción de la burocracia que le conocemos por otros textos. Sectores jurisdiccionales estables y organizados normativamente, repartición y alternancia de actividades mediante medios coactivos, administración fundada en documentos escritos y profesionalización del cuerpo de funcionarios, son sólo algunas de las características en las que, a su juicio, se cimienta la racionalidad del aparato burocrático.

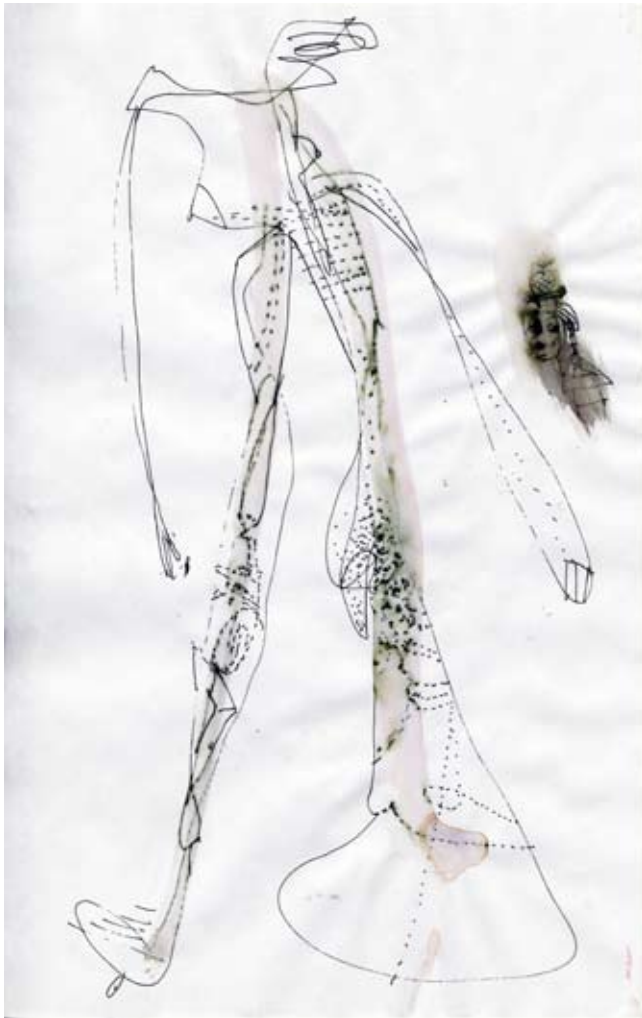
Al recibir aquella carta, Kafka debió haber reído para sus adentros. Abogado al fin, sabía que la erudición del jurista no siempre se refleja en el contenido de sus textos: mucho latín, páginas y páginas de apelaciones al tribunal, adulaciones a abstractos pero determinables funcionarios y, al final, autoelogios de un abogado que se humilla ante la tribuna como un perro.

La importancia de la división de facultades tampoco le era ajena, pero bien sabía que las competencias se deciden por la organización y sus necesidades del momento, y que no pocas veces aquello provoca un ridículo embrollo del que pudiera depender la vida de un hombre: “Puede suceder alguna vez que una de las secciones ordene esto y otra aquello, y aunque el control superior sea de una precisión extrema, llega, conforme a su naturaleza, demasiado tarde, y así, de todas maneras, puede producirse una pequeña confusión; una nimiedad, sin duda, pero hartamente penosa.”

En el fondo, lo que Kafka reclamaba era la distancia y la distinción, sabida por él y por Weber, entre lo que dice la ley y lo que se experimenta en el ejercicio de la abogacía.

“Se dan, a veces, ocasiones que casi se apartan de la condición general, ocasiones en las que, mediante una palabra, una mirada, una señal de confianza, puede lograrse más que con todos los empeños. Es entonces cuando la mentira se convierte en el orden universal.”

Difícilmente Weber habría negado que en esto, como en la promiscuidad de algunos jueces insinuada por Kafka, había pruebas suficientes de una “santa prostitución del alma”. En ese mismo tenor, Weber lamentó también la



La Pasarela 1, 2005

despiritualización de la política que la burocracia provoca: “Los miembros del parlamento son, por lo general, unos borregos perfectamente disciplinados.” “Cada discurso que se pronuncia en el pleno ha sido censurado antes en el partido, cosa que se deja ver fácilmente por su inaudito aburrimento.” Pero ello no obstó para que Weber rescatara la importancia que estas cosas tienen en el alejamiento de la política de los medios puramente emocionales a los que se acude para movilizar a las masas; idénticos, dice, a los del Ejército de Salvación.

Así las cosas, y sin dejar de reconocer los vicios señalados por Kafka, Weber hizo notar que el mayor de ellos residía en que la contienda política fuera una mera disputa por el control de la distribución de los cargos. En esto, no sólo se manifiesta el fundamento de la lealtad moderna, sino los vicios que han dejado inconcluso el proceso de enajenamiento del que la racionalización depende. Fiel a su definición de Estado, Weber veía en la burocracia la virtud de separar el cuadro administrativo y los medios de la administración, en el mismo sentido en que el proletariado

está separado de los medios materiales de la producción dentro de la empresa capitalista. Y es que, sólo por medio de esta enajenación, puede hacerse efectivo el monopolio de la violencia física legítima por parte del Estado, porque sólo separando lo público y lo privado puede canjearse el derecho dominado por la gracia, por un Estado de derecho conducido por la validez de los preceptos legales.

Aunque no creyera en ello, tampoco es que a Kafka le fuera ajena la separación entre lo público y lo privado, ni mucho las medidas que se toman para su implementación. Años atrás, él mismo las había resumido en uno de los apartados de su contrato en la compañía de seguros “ningún empleado tiene derecho a guardar ningún objeto, fuera de los que pertenecen a la oficina, bajo llave en los escritorios y los ficheros asignados a su uso”.

Pero más que los excesos de la separación, lo que le preocupaban era el absurdo que se gesta en su ejercicio. No se puede olvidar aquí que, desde el inicio de *El Proceso*, Kafka inserta la normalidad y la racionalidad pretendida por Weber, para después construir, sobre esa misma base, el abominable sinsentido revelado en la trama: “K vivía en un Estado regido por el derecho, por todas partes reinaba la paz, todas las leyes tenían vigencia”. Así, lo realmente relevante no era sólo la violencia sino el sometimiento que la acompaña.

“No se tiene mucha consideración con el público”, escribió. Basta con mirar a la sala de espera de un juzgado para ver un sometimiento similar al que se le manifiesta a un obrero en su contrato: “servicio, trabajo, condiciones de salario, superior, cuentas”. A fin de mostrar la gravedad de la situación, transcribió para Weber un episodio de *El Castillo*, aquel en que K teme un encuentro con Klamm en el mesón señorial, y en el que se le evidencia que frente a este último se sentía menos libre que frente al castillo en general: “empiezan a manifestarse, dice, las temidas consecuencias de la subordinación, la condición de obrero”.

Bien sabía Kafka que este sometimiento no se reduce a la suciedad insoportable de las trabajadoras de la fábrica familiar, sino al dominio que la máquina ejerce sobre los empleados; ese mismo del que le había escrito a Felice en 1913, y que después retrató en *America*, en el movimiento mecánico, inhumanamente uniforme de los empleados. En efecto, la máquina, como la ciudad, ejerce una coerción más fuerte y más cruel de lo que haría un ser humano. De qué otra cosa sino de ésta trataba *En la colonia penitenciaria*. De golpe, debe haber recordado el texto de Alfred Weber: “La burocracia es un gigantesco aparato que se eleva en nuestra

vida. Un mecanismo muerto, monótono y fastidioso, que suprime la independencia de los individuos, que tiene una ilimitada autoridad y que es objeto de una verdadera idolatría”.

Hacia el final de la carta, Kafka reconoce la despersonalización producida por la burocracia, pero si lo hace es sólo para contraponerla a la condición que trataba de explicar: “Las autoridades no tienen que defender nunca sino causas invisibles y remotas en el nombre de señores invisibles y remotos, mientras que el hombre brega por algo vivísimamente cercano: por sí mismo”.

Larga respuesta provocó el señalamiento de Kafka. “La resolución “objetiva” de los asuntos, dice Weber, presupone una resolución conforme a normas calculadas y sin tomar en cuenta a las personas.” Ese mismo principio es la consigna del mercado y de toda consecución de intereses exclusivamente económicos. Pero es de esta despersonalización, que se manifiesta en ambas partes, de donde se desprende la racionalización del procedimiento. El verdadero funcionario no debe hacer política, sino limitarse a administrar imparcialmente, a desempeñar su cargo sin ira ni prevención, honrándose con su capacidad de ejecutar una orden de la autoridad superior como si respondiera a sus propias convicciones. La negación de sí mismo y la disciplina ética, se verán recompensadas con el rango social de su jerarquía y, en el caso del funcionario público, por figuras particulares del código contra “insultos a funcionarios” y desacato a las autoridades.

Con ello, Weber no sólo introducía una discusión sobre el estatus social, sino que igual hacía notar que la negación, que angustiaba a Kafka, también cobraba factura del lado de los funcionarios. Pero ni aún así, Weber dejó de insistir en que el mecanismo burocrático habría traído consigo las mismas ventajas que cualquier artefacto tiene frente a los medios de producción no mecanizados: precisión, certidumbre, velocidad, continuidad, discreción, reducción de desacuerdos y de costos materiales y personales.

Para aumentar la mortificación de su interlocutor, Weber añadió al final un pequeño párrafo en el que hacía notar, ya no la virtud, sino la imposibilidad de sustituir este nuevo orden: “El burócrata individual no puede zafarse del aparato al que está unido, es un simple

engranaje de un mecanismo siempre en marcha y su interés sólo puede radicar en que el mecanismo siga funcionando. Pero los gobernados tampoco pueden prescindir o reemplazar el mecanismo, pues éste se funda en una preparación especializada, una división funcional del trabajo y una constelación de actitudes metódicamente integradas. Si el funcionario deja de trabajar, sobreviene el caos y es difícil encontrar entre los gobernados reemplazantes que sean capaces de controlarlo.”

Kafka comprendió entonces el alcance de sus propias cavilaciones: “Todos vivimos tras una reja que llevamos a todas partes”. En efecto, había sido él mismo quien puso a los funcionarios en condiciones tan precarias como las de los acusados, y el que reconoció que la burocracia funcionaba mediante algún tipo de servidumbre voluntaria: “Lleváis innata vuestra veneración de la autoridad; luego siguen inculcándole esa veneración de las más diversas maneras y por todos los conductos, durante toda vuestra vida, y vosotros mismos ayudáis en ello por cuantos medios están a vuestro alcance.”

Recordó entonces aquella caricatura en la que el capital aparece representado como un hombre gordo sentado sobre el dinero de los pobres. La puso en la carta y añadió una nota: la caricatura es: “falsa y verdadera al mismo tiempo. Verdadera sólo en un sentido ... el gordo con sombrero de copa vive a costa de los pobres a quienes aplasta, es cierto. Pero el hecho de que el gordo represente al capitalismo, no es del todo cierto. El gordo domina al pobre en el marco de un sistema determinado, pero no es el sistema mismo. Ni siquiera es el amo del sistema. Por el contrario, lleva también cadenas que no están representadas en este dibujo”.

La Pasarela 15, 2005



jo. ... El capitalismo es un sistema de dependencias que van de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Todo es dependiente de todo, todo está encadenado. El capitalismo es un estado del mundo y del alma.”

Ya en la carta, Kafka pensó en mandar a Weber aquella metáfora en que la eliminación de una mancha podría provocar el mayor de los caos, pero al final se decantó por introducir un nuevo tema en la discusión. A su juicio, el monopolio del Estado se había traducido en un nuevo mecanismo de privatización representado, ahora, por la secrecía: “No se debe hacer caso omiso de que el procedimiento judicial no es público, si el tribunal lo considera necesario puede hacerse público, pero la ley no prescribe publicidad. Como consecuencia de esto los escritos del tribunal, sobre todo el auto de procesamiento, son también inaccesibles al acusado y a su defensa.”

Fiel a su espíritu, Weber contestó mostrando las funciones del secreto. En Persia, en Prusia, y hasta en la propia Alemania, las administraciones se reservan para sí las estadísticas oficiales, pues en ellas están implicados los intereses de la estructura dominante respecto al exterior. “Este ‘secreteo’ irá predominando a medida que se acrecienta la burocratización ... La idea de ‘secreto oficial’ es un invento específicamente burocrático, y la burocracia defiende fanáticamente ese sigilo, el cual sólo puede justificarse esencialmente en ámbitos específicamente precisos.” Sin embargo, dice Weber, es poco el poder que del secreto se desprende, si se le compara con el que se manifiesta mediante el uso del memorándum. “Con frecuencia, el monarca logra su ascendiente sobre los peritos no asistiendo personalmente a las sesiones de los cuerpos colegiados, sino a través de memorándum escritos. Así, si en el memorándum se objetiva el secreto, en él se expresa también la posibilidad de diferenciar drásticamente y conceptualmente un orden legal ‘objetivo’ de los ‘derechos subjetivos’ del individuo garantizados por aquél”. “Esta separación conceptual implica la separación conceptual del ‘Estado’ de toda ‘autoridad’ personal de los particulares.”

Es posible que la respuesta de Weber haya sido fuente de inspiración para uno de los episodios más interesantes de *El castillo*. Aquel en que K sostiene una discusión con el alcalde para determinar si un carta de Klamm es una comunicación oficial o una carta particular. Pero aún había algo respecto al secreto que Weber parecía no comprender. En una breve argumentación, Kafka expuso su preocupación por la ruptura de la comunidad que significaban la privatización y la despersonalización:

“hay pocos intereses comunes. Si alguna vez, en un grupo, surge la fe en un interés común, enseguida se demuestra que es un error. En común no hay nada que hacer frente al tribunal. Cada caso se investiga por separado, es el tribunal más escrupuloso de todos. Así que no se puede lograr nada en común; tan solo a veces, un individuo consigue algún secreto; y sólo cuando se ha conseguido se enteran los demás; nadie sabe cómo ha sucedido. Por consiguiente, no hay ningún tipo de comunidad; sin duda se coincide de vez en cuando en las salas de espera, pero allí se habla poco”.

Como si hubiese sido devuelto de improviso a los tiempos en que llevó un clavel rojo, a los Kropotkin y Bakunin, Kafka renovó el espíritu revolucionario que lo puso del lado de los siervos, y lamentó de nuevo la ausencia de la voz de la clase obrera. Al final de la misiva, sentenció: “Los hombres intentan en Rusia edificar un mundo perfectamente justo. Es un asunto religioso”.

Seguramente Weber no recibió con agrado aquellas manifestaciones. Con más distancia que nunca, aclaró: “La suerte material de las masas depende cada vez más de la marcha regular y correcta de las estructuras cada vez más burocráticas del capitalismo privado. Y esto hace que cada vez resulte más utópico el intento de eliminarlas.” “La ingenua pretensión del bakuninismo de anular la base de los ‘derechos adquiridos’ y de la ‘dominación’ por medio de la destrucción de los documentos públicos, no toma en cuenta la firme tendencia del hombre a mantener las normas y ordenamientos habituales, los cuales siguen vigentes independientemente de los documentos.” Por otra parte, la historia misma muestra que “La dirección de los partidos por jefes plebiscitarios determina la ‘desespiritualización’ de sus seguidores, su proletarización espiritual, valdría decir.” Así, siempre ocurre que, “Tras la revolución emocional, se impone nuevamente la cotidianidad tradicional. Aquí, como en todo aparato sometido a una jefatura, una de las condiciones del éxito es el empobrecimiento espiritual, la cosificación, la proletarización espiritual en pro de la ‘disciplina’. Lo importante es “no quedar ‘dominado por los instintos de funcionario... Y oponerse a ese maquinismo para mantener una parcela de la humanidad libre de esa fragmentación espiritual, de ese supremo dominio del modo burocrático de la vida.”

Después de aquella diatriba, Weber se dio un espacio para exponer su clásica distinción entre vivir para o de la política, y al final de la carta arremetió de nuevo: “Puede decirse que son tres las cualidades decisivamente importantes para el político: pasión, sentido de la responsabilidad

y mesura. Pasión en el sentido de ‘positividad’, de entrega apasionada a una ‘causa’, al dios o al demonio que la gobierna. No en el sentido de actitud interior que mi malogrado amigo Georg Simmel solía llamar ‘excitación estéril’, propia de un determinado tipo de intelectuales, sobre todo rusos, y que ahora juega también un gran papel entre nuestros intelectuales, en este carnaval al que se da, para embellecerlo, el orgulloso nombre de ‘revolución’. Este “romanticismo de lo intelectualmente interesante” que gira en el vacío y está desprovisto de todo sentido de la responsabilidad objetiva. El problema de la política es, precisamente, el de cómo puede conseguirse que vayan juntas en las mismas almas la pasión ardiente y la mesurada frialdad.”

Tan pronto como terminó de leer la carta, Kafka tomó una hoja suelta, y escribió: “La revolución se evapora, sólo queda entonces el cieno de una nueva burocracia. Las cadenas de la humanidad torturada están hechas de papeles de oficina”. Un poco más tarde, incorporó aquello de los instintos del funcionario para inmortalizarlo en ese capítulo de *El castillo* en que estos aparecen como animales hambrientos de expedientes, pero fue allí donde entendió que lo que de fondo le separaba de Weber no era una posición política, sino la creencia, no muy lejana a la del malogrado Simmel, respecto al absoluto automatismo del sistema; al hecho, inaceptable por Weber, de que la burocracia corrompía la acción humana desde sus propios fundamentos, al hacer de ésta, ya no un medio, sino un fin para sí mismo.

Quizá pensó en enviarle ese pequeño apartado de *El castillo* en que se explica la negativa de Klammer para leer los protocolos: “Esos papeles ya no son medios, sino objetivos en sí; el objetivo del formulario es, en última instancia, el formulario mismo”.

La frase, empero, no tendría el impacto que pretendía, por lo que prefirió recuperar una parte de la conversación entre K y el alcalde:

“¿no mencionó usted antes, en algún momento, una oficina de control? Pues esa administración, según usted presenta las cosas, es tal, que se le revuelve a uno el estómago pensando que podría faltar el necesario control.” “Es usted muy severo”, dijo el alcalde. “Pero multiplique mil veces su severidad y todavía no será nada comparada con la severidad que emplean las autoridades para con ellas mismas. Sólo una persona totalmente extraña puede formular la cuestión que usted plantea. ¿Qué hay oficinas de control? Hay solamente oficinas de control. Ciertamente que no están destinadas a descubrir fallas, puesto que tales fallas no se producen, y aun cuando alguna vez se produce una falla, como en el caso suyo, ¿quién podría decir definitivamente qué es una falla?”

La neumonía impidió que Weber contestara esta última misiva, y aunque jamás sabremos lo que de ella habría dicho, no deja de ser sintomático que próximo a su lecho de muerte, Weber sólo atinara a decir: “La máquina ya no quiere trabajar”.

Sobra apuntar que la pretensión que conduce este trabajo no es la de reducir el significado de la obra de Kafka al contenido de estas cartas *inventadas*.¹ Tampoco se trata de un mero encuadramiento a los designios de la época a la que la obra pertenece. Pero aún reconociendo su amplitud y originalidad, es claro que la burocratización ocupó no poco espacio de las más brillantes cavilaciones del fin de siglo XIX y de los inicios del XX, y que en aquel territorio Kafka merece un lugar privilegiado. Después de todo, la suya ha sido la única obra que ha transmutado en un adjetivo que todavía hoy nos sirve para describir el absurdo. Así, sin pretender la existencia de una sociología kafkiana, tampoco puede desconocerse que sus textos se nos aparece la burocracia como el Chicago weberiano, como un “hombre despellejado cuyas entrañas se pueden ver en funcionamiento”. Pero no hace falta extenderse para seguir explicando esta nimiedad. Basta recordar la sentencia popular para aclararlo todo: Si Franz Kafka hubiera sido mexicano, sería costumbrista. •

Nota

¹ Con la única pretensión de hacer creer que la relación epistolar entre Weber y Kafka efectivamente existió, me he visto en la necesidad de omitir el origen de los textos. En el caso de Weber, las supuestas cartas son en realidad fragmentos de *La política como vocación* y de *¿Qué es la burocracia?* En lo que a Kafka respecta, los textos han sido tomados de *El proceso*, *El castillo*, los *Diarios*, la *Correspondencia* y los *Cuadernos*.

Bibliografía

- Kafka, F. *Cuentos completos*. Valdemar: Madrid, 2003.
_____, *Diarios (1910-1923)*. Tusquets: Barcelona, 2005.
_____, *El castillo*. Alianza: Madrid, 1985.
_____, *El desaparecido (América)*. Cátedra: Madrid, 2000.
_____, *El proceso*. Cátedra: Madrid, 2006.
Löwy, M. *Franz Kafka, soñador insumiso*. Taurus: México, 2007.
Murray, N. *Kafka. Literatura y pasión*. Editorial El Ateneo: Buenos Aires, 2006.
Weber, M. *El político y el científico*. Alianza Editorial: Madrid, 2007.
_____, *¿Qué es la burocracia?* Coyoacán: México, 2001.

RODOLFO SUÁREZ es profesor investigador del Departamento de Humanidades en la UAM-Cuajimalpa. Correo electrónico: rsuarez@correo.cua.uam.mx